

el movimiento reformador y sólo tomó las riendas cuando la izquierda lo presionó a que lo hiciera y la derecha lo atacó duramente.

El Profesor Burns adopta una actitud muy crítica hacia el procedimiento pragmático, no ideológico de Roosevelt en la política. Como político astuto y sensible Roosevelt no tuvo igual, pero dejó que desear como un gran líder. Fue zorro supremo, pero león temperamental. En las palabras del autor, "Roosevelt tuvo menos de gran líder creador que de manipulador diestro y de intérprete brillante. Dado el acontecimiento grande, decisivo —una depresión económica en el país o una agresión injustificada en el exterior— sabía dramatizar la importancia y llevarle su significado al pueblo norteamericano. Pero cuando la crisis era menos llamativa, pero no menos seria, y reclamaba que se uniera la comprensión intelectual a la acción concertada, estratégica y continua, Roosevelt vio sus esfuerzos tornarse polvo. . ." Puesto que el autor se dedica a las ciencias políticas y es liberal, lamenta con especial sentimiento que Roosevelt no haya tenido suficiente empuje intelectual para hacer del Partido Democrático un baluarte del movimiento progresista. Dada la naturaleza arcaica y descentralizada de los partidos políticos norteamericanos uno se pregunta si aun el líder más excepcional hubiera podido realizar esa tarea. Aún más, Burns no da atención a la fuerte evidencia en contra de que los partidos deban alinearse sobre bases de ideología o de clase social.

*Roosevelt: the Lion and the Fox* es una de las principales contribuciones a la literatura sobre los líderes políticos y una narración instructiva y sutil de la política de los Estados Unidos. Pero antes que nada, es la absorbente biografía de un hombre dramático y lleno de colorido.

PETER BACHRACH,  
*Universidad de Puerto Rico.*

ANATOL MURAD, *Private Credit and Public Debt*, Washington, D. C.,  
Public Affairs Press, 1954, VII y 195 págs.

En este libro hay dos argumentos principales: 1) la mayoría de las teorías prevalecientes sobre la relación entre las deudas particulares, la deuda pública, la moneda, y el interés, expresan lo opuesto de la verdad, 2) una inminente e inevitable merma en las oportunidades para la inversión del dinero significa el fin de la economía capitalista, ya que ésta no podrá impedir la tendencia a ahorrar con el fin

de tener entradas sin trabajar. La lógica del autor es tan sencilla y clara que seguramente atraerá al aficionado tanto como al experto.

Para empezar, el profesor Murad argumenta en contra de la tradicional "pirámide invertida" de dinero y crédito basada en una reducida reserva de oro. Sería más lógico volverla al revés y asentarla sobre la base segura del crédito de la producción privada. El tamaño de la base depende en gran parte del volumen de las transacciones comerciales. El segundo nivel de esta pirámide de crédito, más pequeño, es la parte del crédito convertida por los bancos a una forma más aceptable mediante el cobro de un interés. Luego, por medio de una segunda conversión, viene el crédito de los bancos centrales, que incluye los depósitos bancarios, los billetes, y las emisiones monetarias hechas directamente por el gobierno nacional. En la cúspide de la pirámide estaría, teóricamente, el crédito internacional (en otro tiempo oro o su equivalente) para ajustar los saldos entre los bancos centrales. El autor reconoce de buena gana que no todo es novedad, pero insiste en que aún no se ha hecho un análisis consecuente de nuestro sistema de crédito y su relación con la deuda pública conforme a estos principios.

El señor Murad se complace en demostrar las fallas en la lógica de las teorías sobre el interés que lo explican como resultado de la preferencia de ganar tiempo, de la productividad del capital, de la recompensa del ahorro, o de la preferencia por la liquidez general. Para el autor el interés es simplemente un pago por el servicio prestado por bancos y otros que voluntariamente se toman la molestia (y el riesgo) de intercambiar su fuerte crédito por el débil crédito del prestatario. Esta tasa de interés, a través de las posibilidades de sustitución en el mercado de valores, establece el precedente para el interés que se cobra en otras clases de préstamos. Sin embargo, hacia el final del libro el autor deja entrever otra teoría sobre el interés que le atrae aún más. Los gobiernos, dice él, emiten valores que dan interés en lugar de constante y sonante para sostener el sistema capitalista. Si así no fuera existiría una excesiva escasez de fuentes de ingreso sin trabajo para las personas que ahorran con ese fin.

El autor define a los valores del mercado como instrumentos de crédito que producen interés y los divide en tres clases: de intercambio, de inversión y de consumo. Los valores de intercambio son esenciales para una economía monetaria en que exista gran división de trabajo. Se originan en la producción y se extinguen por el consumo del intercambio. Los valores de inversión aparecen con la acumulación del capital activo. Representan la producción que no ha sido igualada por el consumo. La última clase, o valores de consumo, es el crédito privado y público. Este último es de mayor importancia puesto que los gobiernos emiten valores para financiar guerras, armamentos, manutención.

durante depresiones, etc., sin hacer referencia a ningún medio específico de reembolso en el sentido corriente. Por eso se dice que constituyen consumo sin producción. Los valores de inversión y los bonos de empréstitos públicos son adiciones permanentes a la deuda pública. A pesar de los discursos de los miembros de la vieja escuela, la deuda pública no será pagada, y no debiera serlo, empleando moneda legal convertible, o los recursos del superávit presupuestario.

La parte más original y desafiante del libro es la discusión sobre los supuestos cambios históricos de las posiciones relativas que inevitablemente asumirán estas tres clases de valores en nuestra economía. Como otros keynesianos, Murad considera el ahorro la serpiente en el paraíso capitalista. Para él, el propósito básico del ahorrar es asegurarse ingresos sin trabajar, es decir, comprar valores que rindan ganancias. En la etapa presente de la evolución capitalista el deseo de ahorrar tiende a sobrepasar el deseo de incrementar el capital activo (y de emitir valores de conformidad). La razón: una merma de oportunidades de inversión debida a la escasez de mano de obra. El autor argumenta que el progreso de la industrialización inevitablemente obliga a una creciente proporción de la fuerza obrera a entrar en las funciones de instrumentación y de reemplazo del capital. El trabajo que queda disponible para crear capital nuevo se aproxima a cero y las posibles ganancias de tales empresas desaparecen en igual forma. Una sequía, imprevista por las teorías actuales, entra en el jardín paradisiaco.

El gobierno acude al rescate. No puede crear más trabajo; no necesita hacerlo para asegurar el progreso económico. Los beneficios de los adelantos técnicos serán introducidos por el proceso de depreciación y reemplazo del capital. Lo que la sociedad necesita es más valores para satisfacer a más ahorradores, para proveer aún más ingresos sin trabajar. Esa es la verdadera razón, de acuerdo con el señor Murad, por la cual continúan los déficits del gobierno federal (a pesar del señor Eisenhower y el señor Humphreys) y por la cual se financian con valores que dan interés en vez de dinero circulante.

Escudriñando el futuro, el autor argumenta que el límite de la deuda pública se fijará cuando la ganancia por cada dólar invertido se aproxime a cero y no debido al incremento en la tasa de contribuciones, según temen los investigadores tradicionalistas. La proporción del ingreso nacional que llega a los propietarios sigue siendo igual, así que tiene que dividirse en cantidades cada vez más pequeñas según va distribuyéndose por un creciente volumen (en dólares) de valores. En otras palabras, el denominador que controla la ganancia financiera o real por cada dólar de inversión aumenta necesariamente en proporción directa con la deuda pública. Pero la parte "productiva" de la deuda integral, la que se deriva del uso del capital activo, será una frac-

ción cada vez menor del total, debido al límite impuesto por la fuerza obrera a la formación de capital neto que prevé el señor Murad. El estado actual será afectado gradual y negativamente por una o más de las siguientes razones: aumentos de impuestos, inflación, o una baja arbitraria en las tasas de interés. La humanidad pasará del paraíso capitalista a un mundo nuevo dominado por el Estado. El autor no dice si este nuevo mundo "socialista" será un paraíso mejor, un desierto árido, o algo intermedio. Tan sólo señala que el ahorro desaparecerá conjuntamente con los ingresos sin trabajar y así quedará completado el ciclo del crédito, el cual una vez más dependerá exclusivamente de la producción y el intercambio de bienes y servicios.

El crítico fácilmente podría encontrar al señor Murad vulnerable en sus aseveraciones acerca de que el "verdadero propósito" de los presupuestos gubernamentales deficitarios es proveer valores para aquéllos que desean ingresos sin trabajo. Con llamarlos "deseos subconscientes" o "las razones que motivarían a un economista a la Murad", el autor sale del paso. Pero el juicio histórico es más difícil de ignorar. En una de sus pocas desviaciones de la deducción lógica pura, el señor Murad cita (pág. 140) a Kuznet sobre la formación del capital neto en los EE. UU. desde el 1869 hasta 1938 para "confirmar el principio de la inversión neta menguante" (debido a la creciente escasez de obreros, que él infiere lógicamente, y que supone la imposibilidad de añadir al capital activo). Sus cifras demuestran un máximo aparente de 16% del ingreso nacional allá por 1895, pero el mínimo durante la depresión de 1.4 por ciento en 1929-38 no prueba (Murad usa la palabra "sugiere") "que la etapa de plena industrialización haya sido alcanzada para esa fecha en los EE. UU." Se puede calcular fácilmente que el porcentaje había vuelto a subir a un promedio de 10 por ciento durante los 6 años desde el año 1948 hasta el 1953, o sea al mismo nivel que durante la década 1919-28. Aparentemente hay un error en las deducciones de Murad (aunque este crítico no ha encontrado ninguna falla de verdadera importancia), o bien varias de las posibles influencias mencionadas por Murad como contrarrestantes son más poderosas de lo que él creía. Estas incluyen el rápido aumento de la población, los cambios de gran escala en la demanda, y las numerosas invenciones tan productivas que justifican el abandono del capital existente.

Este libro no debe desecharse por sus argumentos heterodoxos. Estos merecen ser estudiados y contestados por los distintos especialistas en cuyos campos Murad discurre. Si su validez quedase demostrada, las implicaciones para la política económica serían de gran significación.

ROBERT B. PETTENGIL,  
*Universidad de Puerto Rico.*